

to, pues había sonado la hora de la transición entre la antigua organización militar y la nueva, la hora en que comenzaba á dudarse, en voz baja, muy baja todavía, de Francia. Consiguió además una celebridad inesperada, gracias al trágico suceso que á ella puso término.

Desde la víspera, los cuerpos de las guarniciones más apartadas habían sido llamados á París, y de Compiègne, de Meaux, de Fontainebleau y de Melún, habían acudido á la capital carabineros, coraceros, lanceros y dragones de la emperatriz. Los guías y los cazadores de la guardia habían sido acantonados en la Chapelle-Saint-Denis. En el entretanto, los oficiales de Estado mayor señalaban de antemano en el campo de carreras del bosque de Bolonia el sitio que había de ocupar cada regimiento y se dedicaban á prevenir cualquier retraso y á hacer imposible cualquiera confusión. No se habría demostrado mayor diligencia el día antes de una batalla; y después de todo, ¿no era una especie de batalla aquella grandiosa ceremonia militar que, realizada en presencia de magníficos y temibles huéspedes, había de servirles para conjeturar nuestra fuerza ó nuestra debilidad? A mediodía, todo el ejército, á las órdenes del mariscal Canrobert, ocupaba sus posiciones: componíase aquél de toda la infantería de la guardia, granaderos, cazadores, zuavos, cazadores de á pie y gendarmes; de tres divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la de la guardia, y cuatro regimientos de artillería. Los diarios oficiosos estimaron el total de esas fuerzas en sesenta mil hombres; pero aunque es difícil calcular las tropas en masa, parece probable que el efectivo real no pasó de treinta y cinco mil hombres.

A las dos comparecieron los soberanos: el emperador, algo encorvado sobre su caballo y como de costumbre pensativo, tranquilo y apacible; Alejandro, soberbio, esbelto, muy parecido á su abuelo tal como lo representaban los grabados de 1814; Guillermo, sonriente y cordial, como hombre tan enamorado de los soldados que todos le gustan, aunque fuesen extranjeros, aunque fuesen los enemigos de mañana. Figuraban en el séquito los grandes duques y el príncipe real de Prusia, y algo más atrás, los otros príncipes tan numerosos como lo son los generales en los ejércitos ordinarios; seguía luego el grupo de militares, en el que los había de todas naciones, rusos, prusianos, ingleses, y destacándose sobre los uniformes de Occidente los albornoces de muchos jefes árabes. Los «cient-guardias» formaban la escolta y, según un testigo ocular, ostentábanse «fulgurantes como los dioses de la fábula.»

Cuando iba á comenzar la revista, apareció al otro lado del campo de carreras otra comitiva más modesta: era el príncipe imperial que venía de Saint-Cloud. Tres meses antes había caído enfermo, á consecuencia, según se decía, de un accidente de gimnasia; y habiéndose formado algunos abscesos, que hicieron necesaria una operación, había estado durante algunos días bastante grave para que su estado inspirara inquietud. Y como el tumulto de las fiestas y la atmósfera cargada de las Tullerías habrían dificultado la convalecencia, de aquí que fuese transportado adonde respirara aires más puros. Al presentarse en el terreno de las maniobras, pálido, cojeando algo todavía y llevando impresas en el rostro las huellas de recientes sufrimientos, aquella aparición agraciada y un poco melancólica semejó la

imagen de la debilidad en medio de todas las imágenes de la fuerza. El rey Guillermo, que había llegado el día antes, salió al encuentro del adolescente, y como paternal anciano le atrajo á sí afectuosamente, viéndose entonces al vigoroso Hohenzollern al lado del frágil heredero de los Bonaparte. Esta fragilidad era la del mismo imperio que descansaba sobre un solo niño, el *niño de esperanza*, como decían los imperialistas fieles, que, al perder más adelante á su príncipe, no han podido consolarse nunca más.

Comenzó la revista y luego vino el desfile. Todas estas fiestas militares se parecen, pero aquella se salió de la trivialidad ordinaria, porque en ella apareció por una de las últimas veces el antiguo ejército francés con todas las superfluidades de sus galas, con todas sus coquetterías onerosas y encantadoras, con todas las variedades de trajes y de insignias que, distinguiendo á unos cuerpos de otros, los provocaban á una emulación de valor. Muy pronto, todos aquellos colores habían de confundirse en un matiz uniforme, y la exclusiva preocupación de ser temible había de hacer olvidar el afán de ser magnífico. Los primogénitos de nuestros contemporáneos pudieron contemplar aquel día todo lo que ya no podrá verse más que en los grabados. Los regimientos de infantería desfilaron en el orden antiguo, con los gastadores de espesa barba, largo delantal blanco y gran gorro de pieles; con el tambor mayor cubierto de dorados y el gran penacho en el morrión; con las cantineras de faldas de color de escarlata; con los sargentos formados en línea exterior y conocidos por sus dos ó tres galones; con las compañías distinguidas, granaderos de charreteras encarnadas y cazadores de charreteras amarillas, que iban á la cabeza y detrás de cada batallón. La caballería ofrecía un espectáculo aún más variado por la pintoresca mezcla de portaplegos, cordones y morriones de todas clases. Desfilaron los carabineros con su coraza adornada con un sol dorado; los lanceros con su extraño chascás que recordaba los regimientos polacos del primer imperio; los dragones con su levita verde y su peto blanco; y aquel famoso regimiento de los guías que, con sus caprichos aturdidores, con sus liberalidades y sus refinamientos, encarnaba todos los esplendores frívolos, todos los arrebatos desordenados, todas las prodigalidades del segundo imperio. Aquella fué también la revista de los recuerdos gloriosos no empañados por la sombra de ninguna derrota: la artillería arrastraba cañones que los jueces más competentes estimaban como algo anticuados, pero eran los cañones de Magenta y de Solferino; los zuavos, los infantes, los cazadores de á pie tal vez habrían sido sobrepajados por otros ejércitos en cuanto á la severa precisión de las maniobras, pero en sus filas estaban aún, y en número bastante grande, los que escalaran las vertientes de la *Colina Verde*, los que asaltaron el baluarte de *Malakoff*, los que defendieron palmo á palmo las orillas del *Naviglio Grande*, los que cantaron el *Tedéum* en la catedral de Pekín, los que conquistaron una á una las *cuadras* de Puebla; y entre las banderas, muchas habían sido condecoradas por hechos de guerra, honor insigne de que se enorgullecía el regimiento y nada ponía en duda que aquellos estandartes se mantendrían immaculados. Muchas veces, en los días de solemnidad militar, habíase contemplado este espectáculo; se acer-

caba la hora en que ya no podría volver á contemplarse, y era tiempo de que Francia fijara en sus ojos la imagen del mismo, como se fija la de un ser querido á quien pronto se va á perder.

A las cuatro había terminado la revista, que se celebró con un hermoso sol de junio; la multitud se retiraba encantada y tranquila, y hubiera podido creerse que aquella jornada figuraría entre las más brillantes del reinado. Pero de pronto una sombra cubrió aquel cuadro de luz: el emperador y sus augustos huéspedes habían llegado al sitio en donde les esperaban los coches, á uno de los cuales subieron la emperatriz y el rey de Prusia, que fueron los primeros en partir. En otro carruaje descubierto tomaron asiento el emperador, el zar y los grandes duques; y Napoleón, viendo que la avenida de Longchamp y la de la Gran Cascada estaban de tal modo atestadas que era casi imposible ir por ellas, dió orden de torcer hacia la derecha y de tomar otro camino. En una de las encrucijadas, la formada por la carretera de la Virgen y la de los Depósitos, un hombre que se encontraba en las primeras filas, abrióse paso, alargó el brazo y apuntó un arma; en el mismo instante sonó un pistoletazo disparado contra el coche imperial; al mismo tiempo, un caballero, el Sr. Raimbeaux, que iba junto á la portezuela, había sorprendido el movimiento del desconocido é instintivamente, sin darse cuenta del atentado, espoleó á su caballo, el cual recibió el proyectil que le atravesó las narices. La sangre del animal salpicó á uno de los grandes duques y esto hizo de pronto creer que el príncipe estaba herido; durante un momento, la ansiedad fué terrible, pero Napoleón tranquilizó con un ademán á los que le rodeaban, y luego, dirigiéndose al zar, le dijo: «Señor, juntos hemos visto el fuego; ya somos hermanos de armas.» á lo que Alejandro respondió fríamente: «Nuestros días están en manos de la Providencia.» Los soberanos prosiguieron entre aclamaciones su camino hacia París, en tanto que la multitud se apoderaba del asesino, costando á la policía gran trabajo arrancarlo de sus manos. El criminal era un joven polaco llamado Berezowski, que sin rodeos confesó su delito, pero negando que su atentado fuera contra Napoleón. Manifestó que únicamente había querido herir al emperador de Rusia y vengar de esta suerte en él las desventuras de su país.

VIII

Mientras toda la ciudad se encaminaba al bosque de Boloña y Berezowski meditaba su crimen, los salones de la embajada de Rusia se adornaban para una fiesta nocturna en la que se reunirían los reyes y los soberanos. Terminábanse los preparativos cuando se tuvo noticia del atentado y el primer propósito fué suspender la recepción, y aun se aconsejó al zar que abreviara su viaje y regresara á sus fieles Estados; pero el consejo, después de madura reflexión, no prevaleció, pues se consideró que tal conducta parecería hija de la cólera ó del miedo y, además de indigna del zar, sería una descortesía injusta para Francia. No se alteró, por consiguiente, el programa y á la noche empezó el baile; al presentarse Alejandro, franceses y rusos le rodearon solícitos, rivalizando en el entusiasmo de sus demostraciones de afecto, como si quisieran indemnizarle de la

TOMO XII

brutal agresión. Todo el mundo pronunciaba un nombre, el del caballero Sr. Raimbeaux, el cual era el héroe del día, que con su sangre fría había evitado el crimen, mereciendo por ello bien de la Rusia y también de su propio soberano, porque Napoleón se mostraba conmovido, indignado como no es decible de aquella violación de la hospitalidad.

Pero Francia se hallaba demasiado entregada á la alegría para que aquella nube no pasara rápidamente; así es que los regocijos continuaron con mayor brillantez todavía: el 8 de junio hubo baile en la Casa de la Ciudad, y el 10 en las Tullerías; á estas recepciones sólo dejó de asistir el representante de una potencia, el



El P. Gratry

de Austria. La dinastía de Francisco José estaba entonces agobiada bajo el peso de desgracias de familia: una archiduquesa se había vuelto loca; un archiduque esperaba en la cárcel á que sus enemigos dispusieran de su suerte, y para colmo de desdichas, otra archiduquesa, la archiduquesa Matilde, acababa de morir, precisamente cuando se disponía á asistir al baile, á consecuencia de habersele incendiado el ligero traje que llevaba puesto. El pueblo austriaco es, de todos los pueblos, el que menos gusta de ideas fúnebres: «La princesa de Metternich dió ayer un baile, escribía uno de sus contemporáneos en 29 de mayo; en verdad la admiro; tiene un corazón de león (1).» Sin embargo, en presencia de tantos infortunios aquel *corazón de león* había tenido al fin que ceder, permaneciendo cerrada por algún tiempo la embajada.

Por brillantes que fuesen aquellos espectáculos, su principal interés dependía de la grandeza de aquellos que eran los huéspedes de Francia. Alejandro permanecía algo taciturno; llevaba grabadas en su corazón las afrentas recibidas, y las atenciones más solícitas, las muestras de respeto más delicadas, apenas lograban borrar el recuerdo de aquellos agravios. En cuanto á Gui-

(1) Doudán, *Lettres*, tomo IV, pág. 92.

llo, obtuvo, por lo menos en parte, el éxito que en otro tiempo consiguiera en Compiègne: con su cabeza blanca y su cara colorada, parecía, al decir de un testigo ocular, un buen hidalgo de provincia, bondadoso y fácilmente accesible; mostróse complaciente con las damas, amable con los militares, y cuidadoso de no hablar de sus triunfos ó hablando de ellos con sencillez. Comprendiendo que todas sus palabras serían repetidas, hizo gran ostentación de sus simpatías por el emperador, ensalzó aún más los atractivos de la emperatriz, cuya belleza comenzaba á sentir apenas los primeros efectos de los años, y puso especial cuidado en alabar todo cuanto veía.

De todos nuestros huéspedes el que más curiosidad inspiraba era Bismarck: su nombre recordaba contiendas demasiado recientes para no despertar ciertas repugnancias, y por esta razón se habían adoptado grandes precauciones para que la antipatía no se exteriorizara en alguna observación molesta ó en algún signo de hostilidad. El canciller alemán se había percatado de esta vigilancia y había manifestado por ella una gratitud un tanto irónica: «¿Qué quieren ustedes?, decía; nosotros, los hombres políticos, no podemos agrandar á todo el mundo y hemos de resignarnos, sin sorpresa ni cólera, á ciertas demostraciones de desagrado.» En los salones oficiales, todos, á cual más, observaban á aquel personaje extraordinario, y toda agudeza, todo chiste salidos de sus labios eran repetidos de boca en boca. Las señoras no eran las que menos solícitas se mostraban con él, y parte por curiosidad, parte por coquetería, se divertían en provocarle. Ninguna pregunta le desconcertaba y á todas contestaba con una mezcla de buen humor paradójico y de atrevida galantería, lo que le hacía ser el hombre más divertido y más original del mundo. Aparentaba no acordarse de política, como le acontece al que viaja por recreo ó por descanso, y si por casualidad se ocupaba de los negocios públicos, escogía sus confidentes. No buscó ni mucho menos al Sr. de Moustier, á quien había conocido en otro tiempo en Berlín: nuestro ministro de Relaciones exteriores había deplorado demasiado las últimas complicaciones para que de ellas no guardara algún rencor, y además estaba demasiado empapado en las tradiciones diplomáticas para que fuese cosa llana engañarle. El personaje entonces más influyente era el Sr. Rouher; era también, de todos los servidores del imperio, el más fácil de conquistar; y el hombre de Estado prusiano no omitió nada para convencerle de que en la cuestión del Luxemburgo no le había faltado á Francia su buena voluntad, añadiendo que los Estados del Sur no tenían ningunas ganas de entrar en la Confederación del Norte, y afirmando que, por su parte, no les incitaría á que en ella entraran. En sus anteriores estancias en París, el consejero del rey Guillermo se había visto á menudo con el Sr. de Persigny; con él celebró ahora una larga conferencia en la que protestó en términos calurosos, como lo había hecho con el Sr. Rouher, de su benévola neutralidad en el asunto luxemburgués, y trató de achacar la mala inteligencia al Sr. Benedetti cuyo espíritu de intriga y cuya insuficiencia censuró muy duramente. Y habiéndose generalizado la conversación, Bismarck se remontó á los sucesos del año anterior, habló de aquel conflicto reciente como si hubiese pertenecido á

una época remota, más como juez que como actor, y con una mezcla sorprendente de miras profundas, de amistosos consejos y de ironía desconcertante, lamentó que el emperador de los franceses no hubiera anudado antes de Sadowa los lazos de una alianza íntima con Prusia: «¡Qué precio, dijo, no habríamos pagado por esta unión!» Confesó que, desesperado de su impotencia para leer en los pensamientos de Napoleón, había concebido por un instante la idea de inclinarse bruscamente hacia el Austria, reconciliarse con ella y dirigir todas las fuerzas alemanas contra Francia. «En cuanto á vuestra mediación después de Sadowa, añadió, confieso que no la he comprendido.» Partiendo de este punto de vista, expuso con implacable lógica lo que él habría hecho si se hubiese encontrado en el lugar de Napoleón: «Hubierais debido, dijo, ser menos fáciles en sacrificar los Estados secundarios, y esforzaros en crear causas permanentes de disensión entre Prusia y los Estados subsistentes. Por encima de todo, en vez de defender la integridad del Austria, hubierais debido consagraros á sembrar gérmenes profundos de división entre las dos grandes potencias alemanas. El rey quería conservar en su poder la Silesia; ¿por qué no le dejabais en libertad de quedarse con ella? Esto habría sido un motivo de eterna discordia entre las dos coronas.» «Pero os opusisteis á ello,» siguió diciendo en tono de reproche; y luego, como si quisiera desconcertar de antemano toda idea de alianza franco-austríaca, añadió: «Gracias á vosotros, no existe ninguna causa permanente de rivalidad entre nosotros y la corte de Viena;» y en tono amistoso, pero que ocultaba una segunda intención amenazadora, completó su frase diciendo: «De manera que en la primera ocasión podremos unirnos otra vez como en lo pasado.»

Estas entrevistas inquietantes eran simplemente un corto paréntesis en medio de los placeres. De todos los meses de aquel año brillante de 1867, el de junio fué el más animado y significó el momento del apogeo para la Exposición y para el mismo París. Las suntuosas tiendas de las calles de Castiglione y de la Paz y de los bulevares tenían por cliente al universo entero, y como si el manantial del oro hubiese sido inagotable, no había superfluidad que pareciese demasiado cara. La ciudad parecía una posada inmensa con todos los departamentos ocupados: atestados los grandes hoteles de los barrios ricos, los extranjeros llenaron las casas más modestas, que en seguida se proclamaron grandes y lo fueron, á lo menos por sus precios; y siendo cada día mayor la afluencia, la gente invadió hasta las hosterías de la orilla izquierda, y los estudiantes, los dependientes de comercio y los pequeños funcionarios, inquilinos habituales de aquellos modestos establecimientos, se reunieron en un *meeting* para protestar contra la rapacidad que elevaba todas las tarifas, incluso las de sus humildes moradas. En aquella existencia agitada, el alma permanecía fría, pero los sentidos se volvían locos, y París fué entonces el paraíso de las mujeres de vida alegre. Los hombres más disolutos eran los que gozaban de mayor fama: citábanse los nombres de los principales, de los que empuñaban el cetro, y el libertinaje llevado hasta un cierto grado de resistencia ó de refinamiento aparecía envuelto en una aureola de gloria. Estos gloriosos de nueva especie, parisienses de nacimien-

to ó aclimatados desde hacía tiempo entre nosotros, eran los que iniciaban á los extranjeros, y todos juntos, reuniendo las prácticas de todos los pueblos, perfeccionaban el vicio, como en otras partes se perfecciona la virtud.

Con harta frecuencia eran los príncipes los que dirigían el coro de los placeres: «Si yo fuese el emperador, escribía un contemporáneo, me halagaría muy poco que vinieran á mi casa á hacer orgías públicas.» Aque-

Marie, Allou y Berryer. La ciudad, embellecida y engalanada, ofrecía á los ojos del visitante monumentos de todas las épocas, desde la Santa Capilla, Nuestra Señora y la plaza Real, hasta ese París, algo trivial, pero reluciente y espléndido, que había creado el Sr. Haussmann. En el Louvre, en el Luxemburgo, en Cluny, ostentábanse soberbios é incomparables nuestros tesoros artísticos; y toda nuestra historia, que era la del mundo, estaba escrita en las piedras de los edificios, en los ma-



Alejandro Dumas, hijo

llos fueron los mejores días para los restaurants de moda.

Aunque los acontecimientos nos han enseñado á ser modestos, hay motivo para asombrarse de todo lo que no vieron aquellos extranjeros. En el Palacio Borbón florecía la elocuencia como en los mejores tiempos, con Thiers, Rouher, Favre y Emilio Olivier. La Sorbona y el Colegio de Francia no tenían aquellos profesores famosos que se llamaron Cousin, Guizot y Villemain, pero á éstos habían sucedido otros maestros, graves, espirituales, de gran saber, aunque de menos fama, como Laboulaye, Caro, el P. Gratry y el P. Perraud, sin contar á Saint-Marc-Girardin, que sólo de cuando en cuando acudía á su cátedra. El Instituto celebraba sus sesiones en las que se congregaban todos los hombres ilustres de Francia; y en el Palacio de Justicia se veían grandes causas con abogados que se llamaban Dufaure,

nuscritos de las bibliotecas, en los lienzos de los museos. En los barrios excéntricos ocultábanse en su santa humildad, pero más numerosos que en ninguna otra capital, nuestros establecimientos de beneficencia, sublimes y conmovedores testimonios del genio caritativo y del gran corazón de Francia. En torno de la ciudad la naturaleza y el arte habían distribuído colinas, palacios y jardines, y todas estas maravillas armoniosamente fundidas, que renacían en la frescura de la primavera, formaban como la gala exterior de la urbe. La misma Exposición, dejando á un lado el desorden de sus placeres equívocos, atestiguaba la labor perseverante, infatigable, de nuestro país. Pues bien, todos estos espectáculos instructivos fueron, á lo que parece, ignorados ó no comprendidos por la mayoría de las gentes; culpa fué de Francia que ostentó principalmente aquello que hubiera debido ocultar; culpa también de los

mismos extranjeros que raras veces supieron penetrar más adentro de la engañosa superficie. Después de haber cenado en las tabernas, cultivado el trato de las mujeres galantes, y paseado mucho por el parque y muy poco por las galerías, muchos regresaron á su país con la cabeza vacía y los sentidos excitados por la fiebre; y como sus ojos, oscurecidos por la orgía, no habían sabido distinguir la luz, se persuadieron ó fingieron persuadirse de que la luz estaba ya en el período de oscilación y pronto se extinguiría.

Los teatros habían contado con la Exposición, y brillantemente iluminados, hacían todas las noches la competencia á las distracciones del Campo de Marte: en la Opera se cantaba *La Africana*; la Comedia Francesa continuaba sus representaciones clásicas y además había reproducido *Hernani*; Ponsard, que había de fallar poco después, asistía á la representación de sus últimas obras, *Le Lion amoureux*, que había tenido un gran éxito, y *Galilée*, drama bastante mediano é incoloro, que no justificaba su título un tanto llamativo. Los carteles se variaban con toda clase de producciones, viejas unas, otras nuevas y todas deliciosas: *Le gendre de M. Poirier*, *Le cas de conscience*, *Mademoiselle de la Seiglière*. En el Gimnasio, Alejandro Dumas, hijo, se obstinaba en buscar la rehabilitación de la mujer caída, y en su última comedia, *Les idées de madame Aubray*, había llevado audazmente su tesis á sus extremas consecuencias. Los grandes clásicos de otros tiempos parecieron pasados de moda, y Víctor Hugo un poco anticuado; juzgóse algo pesada la solemnidad de Ponsard, excesivamente refinadas las gracias de Octavio Feuillet ó de Sandeau, y tan presuntuosas como originales las tesis de Alejandro Dumas, hijo. Estas obras no dejaron de tener éxito; pero la gran boga y los prodigiosos ingresos fueron para otras. Había surgido una nueva literatura, y aunque para nacer no había aguardado la Exposición, el año en que se celebró ésta señaló su más brillante florecimiento y su recuerdo ha quedado indisolublemente unido al del año famoso.

La máxima fundamental de aquel nuevo arte dramático era que la mejor obra es la que más hace reír; y este género había sido inaugurado por dos autores, jóvenes en aquella sazón, y ambos dotados de gran ingenio, Meilhac y Halevy. Para completar el terceto había aparecido muy oportunamente un compositor de música, alemán de origen, llamado Offenbach. La música de éste era tan seductora como picantes los chistes de aquéllos; de aquí una especie de razón social de tres que había de regocijar grandemente al público y de ser fecunda en dividendos para los socios. El género caracterizábase por una gran simplificación: nada de esfuerzos laboriosos para mantener la unidad de acción ó para sostener hasta el fin á los personajes, y sí únicamente rasgos de ingenio sembrados por doquier y que estallaban como petardos. La inverosimilitud, lejos de perjudicar, podía ser muy provechosa mediante cierta exageración burlesca que produciría un regocijo extremado. No hay nada grande que no presente alguna hendedura por donde pueda introducirse el ridículo, y el procedimiento más usado consistió en pasar por el tamiz las admiraciones tradicionales y presentar en una imagen invertida todo lo que el respeto ó el uso habían consagrado. El efecto cómico aumentaría con el bur-

lesco atrevimiento de los trajes, y el conjunto sería algo chocante, imprevisto, chispeante, que participaría á la vez de la farsa, del libelo y de la parodia. *La Bella Elena* había sido el producto más perfeccionado del género, y después de ella *Barba Azul*. Poco antes de inaugurarse la Exposición, los carteles del teatro de Variedades anunciaron una nueva obra que, según se decía, dejaría muy atrás á todas sus antecesoras: *La gran duquesa de Gerolstein*.

Ya he mencionado antes esta opereta. Toda Europa acudió á verla, y los que desdeñaron nuestros monumentos, nuestras obras de arte y nuestra literatura, quisieron saciarse de ella. Durante el primer acto, el espectador, sorprendido, desatinado, confundido, aplastado, por decirlo así, bajo el fuego graneado de los chistes, se agotaba á fuerza de reír y llegaba á temer que la risa se convirtiese en convulsión. La deliciosa música de Offenbach y el arte consumado de una de las actrices, la Srta. Schneider, completaron la fortuna de la obra. ¿Cómo debía ser ésta clasificada? ¿Era sátira, comedia burlesca, parodia? El público no se tomó el trabajo de analizar sus impresiones y se contentó con saber que nunca se había divertido tanto en el teatro. *La gran duquesa de Gerolstein* vino á ser como una curiosidad complementaria añadida á todas las de la Exposición y hoy no puede pensarse en la una sin recordar la otra. Todo el mundo, desde las personas más humildes hasta los reyes, sintieron atraídos por aquella opereta; el mismo Bismarck fué á verla y se divirtió, según se dijo, grandemente con ella. El placer que la obra le produjo ¿estaría mezclado con cierta secreta alegría? De todo lo que en *La gran duquesa de Gerolstein* era objeto de mofa, nada lo era tanto como el amor al penacho, las minucias de la disciplina, las pequeñeces y servidumbres de la vida militar: parecía como si estas cosas fueran viejos clisés que seguramente ya no servirían y que por ende era permitido romper sin imprudencia ni remordimiento, y cuanto más viva era la sátira, tanto más aplaudía el público. El temible canciller pudo, desde el fondo de su palco, observar estos síntomas y deducir de ellos una lección para él provechosa, afirmándose en la resolución de conservar intacto en su país todo aquello que ya comenzaba á debilitarse entre nosotros.

Tal se mostraba en el mes de junio la gran ciudad, sobreexcitada por el ardor de los placeres y por el afán del lucro y más radiante que nunca, á juzgar por las apariencias. Alejandro salió de París el 11 de junio, mientras en el Palacio de Justicia se instruía el proceso contra Berezowski; y el día 14 partió Guillermo, llevándose, al parecer, de la hospitalidad imperial una impresión llena de gratitud. En un telegrama fechado en Babelsberg y que más adelante fué encontrado entre los papeles de las Tullerías, dió las gracias de «todo corazón» al emperador y á la emperatriz por su acogida «más que amable y amistosa,» y no vaciló en calificar de «memorable» su estancia en París. Análogos sentimientos expresó el príncipe real. Apenas se habían marchado los dos soberanos del Norte, cuando ya se anunció otro visitante ilustre: el jefe del imperio otomano, pasando por encima de las preocupaciones de su religión y de las costumbres de sus predecesores, habíase sentido atraído por la fama de la Exposición y acababa

de salir de Constantinopla, de modo que á los pocos días desembarcaría en Francia. Alejandro, Guillermo, Bismarck, habían sido recibidos con interés mezclado de temor; en cambio, para el Jefe de los creyentes todo sería curiosidad sin el menor asomo de inquietud. París apercibióse, con nuevo ardor, á festejar al hombre en quien se encarnaban todas las magnificencias de las *Mil y una Noches*; pero desgraciadamente los mejores días de la Exposición habían pasado. El pueblo parisien-

mios entre los expositores; y en aquellas horas de alegría la noticia pareció inoportuna, en parte por un resto de incredulidad, en parte por repugnancia á suspender los festejos, fingióse dudar de la veracidad del suceso. El 1.º de julio se celebró la ceremonia conforme á la etiqueta de antemano establecida, en presencia del emperador, del sultán y de multitud de príncipes, todos de gran gala, pero con el corazón oprimido. En una de las primeras filas había un sitio vacío, el del



Offenbach

se había estado durante dos meses sumido en un sueño voluptuoso y dorado; ahora, en cambio, al través del horizonte luminoso aparecían nuevamente las visiones perturbadoras, los signos funestos, imágenes melancólicas que nada bastaría ya á disipar.

IX

En la noche del 29 al 30 de junio llegó á Viena, procedente de Washington, un telegrama expedido por el cable atlántico: lo enviaba el ministro de Austria y contenía estas solas palabras: «El emperador Maximiliano ha sido fusilado.» A la mañana siguiente publicóse esta noticia en la *Gaceta de Colonia* y en la *Independencia belga*. En París, en el entretanto, se estaba terminando el decorado del Palacio de la Industria para una solemnidad hacía tiempo anunciada, la distribución de pre-

conde y de la condesa de Flandes, cuñados de Maximiliano, y esta ausencia la explicaron los periódicos oficiosos diciendo: «Circunstancias independientes de su voluntad les impidieron asistir á la fiesta.» El ministro de Negocios extranjeros había teleografiado nuevamente á Washington y la respuesta fué la confirmación del siniestro mensaje; á pesar de ello aún se intentó conservar una sombra de esperanza, y *El Monitor* del 3 de julio decía: «Según parece, Maximiliano fué fusilado el 19 de junio en Querétaro.» Pero al día siguiente se renunció á estos subterfugios y la noticia fué á la vez comunicada á la Cámara é inserta en el órgano oficial.

Una gran sombra se extendió por encima del palacio del Campo de Marte y aun de todo París; suspendiéronse festejos, revistas y banquetes de gala, y nadie se acordó de los príncipes, nuestros huéspedes, ni siquiera de Abd-ul-Azís, el fantástico jefe de los creyentes. El